

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Ernesto de la Torre Villar

“Prólogo”

p. 7-14

La independencia en el sur de México

Ana Carolina Ibarra (coordinación)

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/

Fideicomiso Felipe Teixidor y Monserrat Alfau de Teixidor

2017

462 p.

Mapas, cuadros, figuras, planos

ISBN 978-607-02-9019-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de febrero de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/431/independencia_sur.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



PRÓLOGO

La guerra insurgente es el movimiento sociopolítico más importante de nuestra historia, el que la escinde y precisa. Miguel Hidalgo, el caudillo, es el hombre que parte la historia mexicana en dos épocas o eras. Su figura real, no mítica, divide nuestra historia. Debemos señalar que hay una historia antes de Hidalgo y otra después de él. Desde sus remotos orígenes hasta el inicio de la guerra insurgente, hay una historia recia, rica en logros materiales y espirituales y con figuras egregias, de elevada estatura moral y cultural, pero no hay una nación. Miguel Hidalgo abre una nueva era en la que hacen su aparición personajes ilustres, de gran reciedumbre, y sobre todo, y esto es lo fundamental, se crea la nación.

Mucho tiempo y trabajo se han dedicado a señalar los móviles sociopolíticos, económicos y jurídicos que alentaron e impulsaron la revolución insurgente, el movimiento de independencia, el proceso emancipador o como se le quiera llamar. Con poca relevancia se han trazado cuerpo y espíritu, ideas y acciones de los insurgentes y ne-
ciamente se ha tratado de confrontar la superioridad y validez de unos con las de otros. Hemos situado la guerra insurgente sólo en regiones determinadas y no en la mayor parte de nuestro territorio. Nos ha faltado la perspectiva necesaria, en tiempo y espacio, para advertir las diferencias sociales, económicas, culturales y políticas del enorme país que es México. Si bien es cierto que mencionamos la acción de Hermosillo y del cura Mercado en el septentrión y admiramos los anhelos políticos de los sanjuanistas de Campeche y Yucatán y los clamores de los naturales de Chiapas, carecemos de un cuadro integrador que muestre las diversas dificultades que enfrentaba la sociedad mexicana: profundos problemas surgidos de tierras y etnias distintas, con recursos naturales diferentes y con cosmovisiones, religiosidad, cultura y sentido de identidad particulares.



Una sociedad tan jerarquizada, que se desarrolló en un territorio donde convergen geografías diferentes y aun encontradas, sin ningún sentido de unidad y con recursos naturales y humanos distintos, no logró contar con un movimiento emancipador con respuestas idénticas, ni siquiera semejantes. El despertar político y social de algunas regiones y comunidades que ha originado provincianismos, no siempre identificadores ni constructivos, por lo menos ha animado el interés por crear héroes locales, líderes o caudillos de acción trascendente. De ahí la proliferación de biografías con marcados tonos localistas. No hemos penetrado con certeza en el conocimiento preciso de los niveles socioeconómicos y culturales de la inmensa provincia mexicana. Encasillar a los ricos como realistas y al grueso del pueblo como insurgente ha dado a nuestra historia un tinte maniqueo. En una sola entidad conviven regiones geográficas y grupos humanos muy diferentes. Sierra y costa representan zonas muy diversas en etnias, lenguas, economía y estructura social. Por éstas y otras razones es muy satisfactorio leer y reflexionar sobre un conjunto de estudios dedicados a analizar algunos aspectos del movimiento emancipador en zonas periféricas, particularmente en el sur de México.

Un pensamiento creativo surgido en un seminario de historia de nuestra universidad, el interés despertado en los estudiantes, el apoyo académico y económico institucional y la colaboración entusiasta de maestros e investigadores foráneos interesados en la historia de México —que es parte de la mundial— animaron la realización de un coloquio en el que se intercambiaron impresiones, se avalaron proyectos de trabajo y se cotejaron y confrontaron ideas de manera positiva y constructiva. De todo ello surgió este valioso volumen, el cual, pese a su solidez, es sólo una muestra de lo mucho que queda por estudiar para comprender una parte del proceso emancipador en una muy diversificada región de México.

El libro es resultado de un serio esfuerzo para hacer auténtica historia regional, muy alejada de la simple y limitada historia parroquiana o de aldea. Por el contrario, se trata de entender una región en su plena connotación geográfica e histórica, es decir, de tomar en cuenta tiempo y espacio. El sentido y la finalidad de esta labor colectiva se revelan en la variedad de temas, intereses, métodos y estructuras que cada uno de los colaboradores ha impuesto a su trabajo. Se

percibe cómo, independientemente del origen geográfico y cultural de los participantes, hay también diversidad de intereses académicos conjuntados en un esfuerzo o proyecto común. De este modo, captamos el interés personal de los autores, pero advertimos la carencia de un hilo conductor que hubiera posibilitado el examen unitario de los problemas de cada una de las zonas estudiadas, así como la comprensión global de los mismos.

En este coro de interlocutores de la historia, que es bueno, percibimos la voz de los solistas, de los tenores, de los sopranos y del conjunto coral, con escuela, talento e inflexiones muy personales. La avidez de Peter Guardino, quien ha incursionado en el tema en tiempo y espacio, se muestra al inicio de este libro, al igual que la de Jesús Hernández Jaimes. Alguna documentación ajena a la utilizada por este último revela cómo algunos conventos agustinos casi abandonados, con personal enfermo o imposibilitado, estaban muy lejos de preocuparse por cambios significativos. El análisis que se hace de la actitud del clero en una amplia zona es relevante y estamos de acuerdo en que se carece de documentación importante para obtener conclusiones más precisas. De cualquier manera las que se proponen son satisfactorias.

La utilización de los bienes de la Iglesia en favor o en contra de la causa insurgente —medida empleada desde el inicio de la lucha—, como ocurrió en Valladolid en los primeros días de la gesta independentista, nos la presenta Marcela Corvera en un preciso capítulo, el cual fue realizado como muestra de un caso ocurrido en el lejano poblado de Taxco. Este trabajo es ejemplo de cómo la economía eclesiástica se había formado, de qué manera la Iglesia había construido un sistema que servía para resolver sus propias necesidades, las de aquella población, y atender las de otros organismos relacionados con ella. La información que se entrega, manejada con atención y finura, puede servir para comprender no sólo la economía religiosa de un poblado lejano sino también la de vastas regiones.

Andrés del Castillo analiza cómo el fuerte de San Diego, construido para contener los embates de filibusteros y corsarios —cosa que nunca ocurrió—, primero fue escenario de luchas relevantes de las fuerzas de Morelos y luego sirvió de prisión para infidentes, sobre todo curas y frailes, a quienes se acusaba de haber incitado a los

pueblos a la rebelión. Sería interesante que se estudiara la prisión insurgente de Ario y se cotejaran las funciones de una y otra. También sería bueno verificar algunas fechas, como la de 1836, la cual se señala como el momento en que fueron indultados los ahí detenidos.

Alfredo Ávila, por su parte, se ocupa de reseñar una conjura ocurrida en Oaxaca en 1811 de la que se tienen pocas referencias. No se trata de la famosa conspiración habida en ese mismo año en la ciudad de México, la cual tenía como propósito prender al virrey cuando realizaba sus paseos por los alrededores de México, con lo que se pensaba acabar con el gobierno español. En la conspiración a la que nos referimos sí actuó un grupo secreto bien conformado. La conspiración de que hacemos mención es una concebida en la ciudad de Oaxaca a la que llegaron agentes enviados por el señor Hidalgo, al igual que se hizo en otras zonas del país, para atraer a la población a la causa insurgente. El envío de emisarios a varias regiones revela la maraña formada por los partidarios de la insurgencia libertaria desde los años 1808-1809. Dicha maraña había tenido numerosas y espesas redes de insurgentes, lo que significa que el ansia de libertad era amplia y firme en la sociedad novohispana que se había robustecido y que esos esfuerzos se reforzaban por razones generales ocurridas en el país, así como por otras particularidades surgidas en las diferentes provincias novohispanas. Esta conjura de Oaxaca es una de tantas que se encuentran ligadas al movimiento insurgente iniciado en 1810.

Ana Carolina Ibarra, quien ya ha incursionado en la historia oaxaqueña, vuelve sobre ella y precisa lo ocurrido en Antequera entre 1812 y 1814. La relevancia de la ciudad, su sociedad e instituciones, su economía, su comercio y su crisis en esos ramos es puesta de relieve, así como el ambiente cultural y social del momento. Lo mismo ocurre con el panorama real que insurgentes y realistas tuvieron de la importancia estratégica de Oaxaca, la cual era considerada como un lugar con un potencial económico que, además, era el paso al sur que no debía abrirse a las fuerzas rebeldes, debido a su difícil y crítica situación social. La atención que la autora pone al estudiar lo ocurrido en esos decisivos años avala la importancia de este capítulo.

Adelante y lejos de Antequera se halla Tehuantepec, núcleo social, económico y político de una amplia región. Ahí, como en toda

Nueva España, la sociedad actuaba bajo las mismas formas y los mismos estratos formados en el mundo colonial. Una familia sobresaliente, los Castillejos, es analizada con paciente rigor por Laura Machuca, quien casi en forma novelada revela ideas, intereses, acciones sociales y posiciones políticas de sus generaciones. Este trabajo se emparenta con aquellos estudios que se refieren a otras familias surgidas en zonas semejantes, como los Galeana, los Bravo y los Álvarez, lo cual nos daría investigaciones más penetrantes para conocer la movilidad social de vastas zonas del país y la conducta seguida ante movimientos de gran amplitud como la insurgencia.

El estudio de Michael A. Polushin forma parte de una vasta investigación que él ha llevado a cabo desde hace varios años en torno a la sociedad y la organización política, social y religiosa de Chiapas. Con base en una amplia bibliografía y en una minuciosa investigación realizada en los repositorios de esa entidad, así como en los generales de México y de Guatemala, el autor nos presenta la situación por la que Ciudad Real atravesó a partir de 1809, la cual se centra en el intendente José Mariano Valero, funcionario a quien sorprendieron los acontecimientos que preludiaban el movimiento emancipador. Este estudio recio, bien planeado y con fuerte apoyo documental y bibliográfico, resulta modélico al precisar las relaciones establecidas entre la Iglesia, la sociedad —mestiza, criolla e indígena—, los trastornos sufridos por la situación política imperante y la ingobernabilidad que apareció en esos instantes.

Otro estudio relativo a la provincia chiapaneca, la ligazón con la Capitanía General de Guatemala y la separación de ésta —tema que ha originado amplia bibliografía—, es el que nos entrega Sergio Nicolás Gutiérrez Cruz. En su estudio, el autor pone de relieve el malestar social que se respiraba por toda Nueva España, el cual ocasionó brotes naturales de descontento por todo el reino con líderes locales manejados con el obligado sigilo del caso.

Manuel Ferrer Muñoz imprime a su comunicación un sentido jurídico que revela su formación y también su interés por la presencia del elemento indígena en el movimiento de independencia. Con buen conocimiento de la historia peninsular, de las corrientes ideológicas llegadas a Yucatán, a través de sus peculiares relaciones con Cuba y la metrópoli, y de la realidad sociopolítica imperante, en

varias etapas glosa el sentimiento separatista que afloraría en Yucatán, movimiento que no requirió de la violencia tumultuaria ni del derramamiento de sangre. El manejo de una amplia documentación, pocas veces utilizada, y de una bibliografía selecta hacen de este capítulo un magnífico aporte que nos permite conocer cuál fue el derrotero seguido por las ideas y los hombres que hicieron posible la independencia de este núcleo importante de la república mexicana.

¿Qué papel desempeñó el Plan de Iguala en el proceso independentista guatemalteco? Tal es la cuestión que anima el estudio de Mario Vázquez Olivera, estudio que, junto con los dos anteriores, ilumina el conocimiento tan estrecho que teníamos del proceso emancipador en el sur de México. Para realizar un trabajo integrador sobre el movimiento independentista en lo que hoy es México, e incluso más allá, es muy importante contar con trabajos de esta claridad y calidad.

El sentido en que están realizados, el buen conocimiento y manejo de las fuentes y, fundamentalmente, de las realidades social, económica, cultural y política locales imprimen a los artículos que componen el presente volumen una garantía de originalidad, de madura reflexión y de sano criterio, lo cual nos permite asimilarlos con confianza para realizar una obra integradora. Éste es un trabajo detallado y preciso que aporta ideas y noticias enriquecedoras de vasta literatura.

Como corolario de los sobresalientes estudios anteriores, se nos entregan amplios informes de enorme valor y utilidad, pues ofrecen a la investigación abundante y bien integrada información acerca de los acervos documentales de Oaxaca y de Mérida, Yucatán. El conocimiento de esos archivos es básico para toda investigación que se intente hacer en esas lejanas entidades. Las relaciones lógicas e inteligentes de la documentación que ahí se guarda, elaboradas por Rosalba Montiel Ángeles y por Édgar Santiago Pacheco, representan un aporte fundamental que debemos agradecer.

El volumen que la Universidad Nacional Autónoma de México entrega a los estudiosos por conducto del Instituto de Investigaciones Históricas representa una nueva luz que ilumina el conocimiento de nuestro movimiento emancipador, el cual, como señalamos al inicio de este prólogo, es de suma importancia ya que marca una enorme



división en nuestra historia: la de antes de la Independencia y la de México como nación. Nuestro desarrollo histórico tiene diferente sentido antes y después de Hidalgo. México vio la luz a través de un doloroso proceso. Se gestó e integró, luego de más de diez años de intensa lucha, que, extendida paulatinamente por todo el amplio territorio, representa un ciclo de heroicidad que aglutinó en nación a un pueblo generoso que aspiraba a la libertad.

La historiografía de la Independencia se enriquece sobradamente con obras como ésta, cuidada y atendida con amplia generosidad por Ana Carolina Ibarra. Para ella y sus colaboradores, una sincera felicitación.

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR
El Olivar, en lluviosas vísperas de San Juan de 2004.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS